

Mead y Onetti:

el presente es el lugar de la realidad

Joseph Avski

Sarte pensaba que toda técnica narrativa revelaba un compromiso metafísico del autor. Esta convicción, desde luego, tiene sus momentos de validez directa, y hay otros en los cuales los autores recurren a ciertas técnicas narrativas sin que esto se relacione de manera tan lineal con su manera de entender el mundo. Sin embargo, cuando pensamos en la estructura temporal de un escrito resulta difícil negar que una implicación metafísica es inevitable.

A grandes rasgos hay dos posiciones frente al tiempo: una que defiende su existencia, es decir, que le concede una realidad ontológica, metafísica; y otra que niega su existencia, es decir, que sólo lo considera como una contingencia producto de otros procesos más fundamentales.

De las dos visiones, la primera es la predominante en la narrativa y en la ciencia. El tiempo es el lugar donde se desarrollan y se localizan las

acciones de los personajes. El tiempo junto con el espacio son los telones de fondo sobre los cuales se soporta la narrativa. De las varias propuestas que defienden la existencia del tiempo es quizá la platónica, representada ente otros por Issac Newton, la que más influencia ha tenido sobre la escritura, principalmente la novela realista del siglo XIX y las narrativas costumbristas, folklóricas, fabulescas y moralizadoras.

En la recopilación de textos publicados bajo el título de *Requiem por Faulkner*, Juan Carlos Onetti declara su intención de rebelarse contra la escritura tradicional, representada por la novela realista del siglo XIX y por las narrativas costumbristas de su época. Desde luego, uno de los ejemplos a seguir en esta rebelión es quien le da título al libro: William Faulkner. De la misma manera, George Herbert Mead y los demás pragmatistas tuvieron el propósito de romper con la tradición filosófica de su tiempo. El asunto



de este trabajo es establecer un diálogo entre las propuestas hechas por Mead acerca del tiempo y las estructuras temporales en las obras de Juan Carlos Onetti. Empezaremos con una breve mirada a la idea newtoniana de tiempo absoluto y su repercusión en la narrativa, ya que muchos elementos de los que estudiaremos se definen, en gran medida, por oposición.

Breve introducción al tiempo absoluto

En 1687 Isaac Newton publicó su principal obra: *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*. Esa obra no sólo fundó las bases para el desarrollo de la ciencia moderna, sino que influyó profundamente en la manera en la que se entiende el tiempo. Desde luego, no se trata de que la mayoría de la gente que camina por la calle haya leído a Newton o se la pasen discutiendo acerca del concepto de tiempo absoluto mientras hacen fila en el banco. Muy poca gente

ha leído los *Principia*; ni siquiera los físicos, en su mayoría, los han leído.

En un curso sobre mecánica newtoniana no se discute acerca del tiempo, precisamente porque nuestras ideas ya son newtonianas; por el contrario, si estudiamos la relatividad, la discusión acerca del tiempo es inevitable, ya que es necesario construir conceptos que se oponen a esta visión previa. Newton presenta sus ideas acerca del tiempo en los siguientes términos: “El tiempo absoluto, verdadero y matemático, en sí mismo, y por su misma naturaleza fluye igualmente sin la influencia de nada externo, y también es llamado duración. El tiempo relativo, aparente y común es una medida sensible y externa de la duración por medio del movimiento (ya sea exacta o inecuante), y es usado normalmente en lugar del tiempo verdadero”.¹

A esta propuesta la podemos llamar visión espacial del tiempo, en el sentido que considera al

tiempo como una especie de coordenada espacial, es decir, implica una cierta existencia de lugares en el tiempo. La manera más común de representar esta visión es, desde luego, una línea recta en la cual cada punto representa un momento.

La recta misma es infinita, en ambas direcciones; continua, invariable, independiente de la condición humana, independiente de la existencia misma del universo, independiente de la calidad literaria de este ensayo. Toda medición sobre la recta representa apenas una fracción de ese tiempo absoluto, inaccesible en su infinitud, inmutable en su continuo fluir.

El tiempo absoluto es inalcanzable, inaccesible. A todo lo que podemos aspirar es a su sombra, a la que accedemos a través de los movimientos periódicos: un año, una vuelta alrededor del sol; un día, una vuelta de la tierra alrededor de su propio eje; un segundo, la duración de 9, 192. 631. 770 oscilaciones de la radiación emitida en la transición entre los dos niveles hiperfinos del estado fundamental del isótopo 133 del átomo de cesio a una temperatura de cero grados Kelvin.

El punto es que ni segundos, ni días, ni años son medidas de tiempo, son medidas de cambios, de ciclos. Es decir, estamos usando un termómetro para medir distancias.

El tiempo absoluto en la narrativa

El rasgo principal detrás del tiempo absoluto es su característica espacial. Cualquier evento puede ser localizado dando unas coordenadas respecto a otro evento. Podemos decir que el cumpleaños de Pedro es tres días antes del cumpleaños de José, igual que decir que la casa de Pedro está tres kilómetros más al sur que la de José. Esta cualidad nos permite organizar perfectamente todos los eventos en una secuencia temporal, ya que su coordenada en el tiempo no depende de ninguna de las relaciones que lo ligan al resto del universo.

Una patente e incontrovertible secuencia temporal nos permite organizar cualquier serie de eventos y, más aún, distinguir claramente causas y efectos. También nos regala la esperanza de reconstruir el pasado, en cada detalle, como una película histórica de ambientación impecable.

Esta estructura temporal resultó idónea para

gran parte de la narrativa del siglo XIX, particularmente la que Mijail Bajtín llama “novela biográfica”. Este tipo de narrativa “se apoya en el determinismo social y caracterológico y en la total realización del personaje. Debe existir una profunda unidad orgánica entre el carácter del héroe y el argumento de su vida” (Bajtín). La concepción newtoniana del tiempo ofrece una única posibilidad de ordenamiento cronológico de los eventos, y relaciones unívocas de causa y efecto. Estas dos características garantizan las bases necesarias para el determinismo.

Al igual que la “novela biográfica”, el cuento tradicional, de final cerrado y comúnmente sorprendente, del tipo Edgar Allan Poe o Robert Louis Stevenson, implica algún tipo de determinismo narrativo. En este tipo de narrativa se espera que el final sea inesperado, pero inevitable. De alguna manera, la historia tiene que ser contada dando la impresión de que se avanza hacia un desenlace que puede darse en cualquier dirección, pero que una vez se mira la trama de manera retrospectiva dicho final parezca inevitable.

Onetti, Mead y el tiempo

Pilar Rodríguez Alonso en su trabajo “Un aspecto del tiempo en los cuentos de Juan Carlos Onetti” reconoce dos criterios en los cuales el registro crítico coincide al señalarlos como elementos peculiares de la narrativa onettiana. El primero es la inmovilización del tiempo, que tiene como consecuencia la simultaneidad. El segundo es el carácter rector del pasado, lo que implica una estructura temporal acronológica.

Si pensamos, como Sartre, que los aspectos técnicos de la narrativa de un autor representan sus convicciones metafísicas, probablemente el personaje que mejor exprese la ontología de Onetti acerca del tiempo sea el almacenero de *Los adioses*. Este narrador-personaje afirma que “la existencia del pasado depende de la cantidad del presente que le demos”. En esta sentencia se condensan las dos características mencionadas por Rodríguez Alonso. Por un lado, todo el tiempo existe simultáneamente, pasado y presente, en el presente. Esta simultaneidad inmoviliza el tiempo, lo congela en un presente estancado en el pasado, y en un pasado atrapado en el pre-

sente. De esta manera, el tiempo queda inmóvil, no porque deje de fluir, sino porque repite y confunde pasado y presente, de suerte que cada nuevo intervalo de tiempo repite el anterior. Por otro lado, el pasado se vuelve rector del presente porque no lo deja avanzar, lo transforma en pasado remoto mientras el pasado se vuelve presente.

Este efecto es patente en “Jacob y el otro”, donde Jacob van Oppen vive en un tiempo suspendido en el momento en que fue campeón mundial de lucha, un pasado anclado en el presente. Para Jacob lo sucedido un minuto atrás es remoto, comparado con el momento de su gloria. El pasado gobierna el presente y lo inmoviliza, lo desplaza hacia el pasado, lo oculta.

La primera señal de esta inmovilidad es dada por la estructura misma de la narración. La historia está dividida en varias partes que presentan los acontecimientos desde distintos puntos de vista, y desde diferentes presentes. La primera parte narra los sucesos que corresponderían al final, mientras que la última parte acaba justo antes de que se inicien los acontecimientos narrados en la primera parte. Esta estructura propone una especie de eclipse que no logra cerrarse sobre sí misma, que se aproxima al punto de partida, que busca volver al principio, pero no lo logra. La estructura misma sugiere el movimiento del presente hacia el pasado, un tiempo que busca repetirse y lo logra sólo parcialmente; y de un presente que queda inmovilizado aunque nunca deje de fluir, nunca permite que la elipse se cierre.

Orsini, quien acompaña a Jacob y actúa como su representante, expresa la necesidad de detener el tiempo, de vivir en el pasado: “Pobre Jacob van Oppen —meditó Orsini—. Hacerse viejo es un buen oficio para mí. Pero él nació para tener siempre veinte años; y ahora, en cambio, los tiene este gigante hijo de perra que gira alrededor del meñique de ese feto encinta. Los tiene este animal, nadie puede quitárselos para restituirlos, y los seguirá teniendo el sábado de noche en el Apolo”. Orsini, quien vive de arreglar peleas para Jacob en pueblos tristes de América del Sur, sabe que el paso del tiempo atenta contra su empresa, que los años impedirán que Jacob gane incluso en esas plazas borradas del mapa. En Santa María, Orsini está convencido de que el triunfo

es imposible: “No hay ni un gramo de grasa de más, ni un gramo de inteligencia o sensibilidad; no hay esperanzas. Tres minutos; pobre Jacob van Oppen”. Orsini está tan seguro de la derrota que inventa todo tipo de artimañas para evitar la pelea. Sin embargo, el tiempo para Jacob es otra cosa, Orsini no percibe la discontinuidad del tiempo, la presencia del pasado en el presente, la cantidad de presente que Jacob pone en el pasado. “Algún día, esto era indudable, las cosas habían sido así: Van Oppen campeón del mundo, joven, con una tuerca irresistible, con viajes que no eran exilios, asediado por ofertas que podían ser rechazadas. Aunque pasadas de moda, desteñidas, ahí estaban las fotografías y las palabras de los diarios, tenaces en su aproximación a la ceniza, irrefutables”. Jacob vive en el pasado, en el pasado que se materializa en el presente, en el único presente que existe para él y que está representado por unas fotos amarillentas de cuando fue campeón mundial. Cuando Orsini le propone abandonar el desafío y dejar el pueblo, Van Oppen revira “Pero el desafío lo hicimos nosotros —decía la voz de Jacob, sorprendida, casi riendo—. Siempre lo hacemos nosotros. Tres minutos. En los diarios, en las plazas. Dinero al que aguante tres minutos. Y yo gané siempre, Jacob van Oppen gana siempre”. El tiempo de Van Oppen es distinto al de Orsini, no se rige por distintas reglas, ofrece otras relaciones entre los hechos. Una vez la estructura temporal platónica es socavada, también lo es el determinismo. Las condiciones para el determinismo predominante en la novela del siglo XIX no se cumplen si el tiempo pierde las propiedades del tiempo newtoniano. Jacob van Oppen vive en ese tiempo que no corresponde a la sombra del tiempo absoluto de Newton, por eso rompe el determinismo y vence en la pelea.

El filósofo norteamericano George Herbert Mead en su ensayo “El presente como el centro de la realidad”² presenta un marco teórico que dialoga muy bien con las ideas de Onetti. El punto de partida es que el presente es el lugar de la realidad, es decir, que todo cuanto existe lo hace en el presente. Desde luego, presente implica futuro y pasado respecto a los cuales el presente es presente, pero al mismo tiempo

niega su existencia absoluta, esa existencia absoluta que les confiere Newton. Para Mead la marca del presente es “transformación y desvanecimiento”.³ De esta manera, el pasado es al mismo tiempo revocable e irrevocable, esto hace inútil pretender reconstruir de manera unívoca un pasado que se modifica en cada momento del presente, pero al mismo tiempo cancela una reconstrucción arbitraria del pasado que viole su irrevocabilidad. Mead nos aclara: “Nuestro trabajo de investigación es el de descubrir, y sólo

carne en otro presente, irrevertiblemente distinto, y, sin embargo, no arbitrariamente distinto.

Onetti entendía así el tiempo. En *La muerte y la niña*, Díaz Grey nos dice: “Que el tiempo no existe por sí mismo es demostrable; es hijo del movimiento y si éste dejara de moverse no tendríamos tiempo ni desgaste ni principios ni finales. En literatura tiempo se escribe con mayúscula”. El tiempo no es en sí mismo, es sólo como relación entre la dinámica del universo. Pero el universo nunca se detiene, sus partes nunca están quietas



podemos descubrir lo que existe, lo descubramos o no. Creo, sin embargo, que esta declaración es un error, si se supone que significa que existe o ha existido un pasado que es independiente de todos los presentes”.⁴

Esta dinámica de transformación, de diferenciación y repetición, de destrucción y conservación, marca el paso del tiempo, la desaparición del presente en el futuro, que es presente, y la desaparición del presente en el pasado, que fue presente. El tiempo denota relaciones de cambio, relaciones de movimiento. No hay tiempo en el reposo. El presente se transforma inevitablemente, deja de ser, cambia, se vuelve pasado, y se en-

unas respecto de otras, de manera que el tiempo es siempre, de manera que el presente siempre se pierde en el pasado, y se transforma en otro presente; el universo siempre es un universo distinto, y, sin embargo el mismo universo. En palabras de Joshiah Royce “Cada *ahora* en el que algo sucede es por tanto una sucesión; de manera que cada evento en el tiempo, hasta el punto en que el hombre pueda observarlo, tiene que ser entendido como presente respecto a la experiencia, en *ambos* sentidos del término presente; ya que cuando este hecho *es presente* puede ser contrastado con predecesores que *ya no existen* y con sucesores que *aún no son*”,⁵ es decir, no existe el

instante aislado, el punto matemático en la recta temporal. Invocar un instante es, inevitablemente, convocar al instante posterior y al anterior.

El análisis que hace Mead se puede resumir en cuatro puntos. El primero es que el paso de lo que está sucediendo condiciona aquello que está por suceder. Desde luego, las posibilidades del futuro no son absolutamente arbitrarias, dependen del presente. El segundo es que el futuro no está totalmente determinado por el presente, es decir, si bien el futuro no es absolutamente arbitrario, tampoco está absolutamente determinado, siempre hay un margen de probabilidad, de posibilidad. El determinismo absoluto es una ilusión, cosa que aprendemos también de la mecánica cuántica. Tercero, las ligaduras, las restricciones de lo sucedido sobre lo que está sucediendo, es decir, del pasado sobre el presente, que impiden que el futuro sea arbitrario, que el presente sea arbitrario, pueden ser estudiadas, pueden ser, hasta cierto punto, conocidas. La cuarta, estas ligaduras, estas restricciones son responsables de las relaciones entre los procesos, de las transformaciones; de alguna manera condicionan un pasado, pero no lo determinan absolutamente. Si no hay transformación no hay pasado.

Si el pasado sólo existe en el presente, si el pasado depende del presente, entonces el pasado absoluto no existe, es decir, el pasado es sólo reconstrucción parcial, aproximación. Si no tenemos un lugar temporal al que remitirnos, si no existe un momento real ontológicamente al cual referirnos, entonces a todo lo que podemos aspirar es al pasado que se hace real en el presente, a la reconstrucción, a la recreación.

Esta visión es totalmente contraria a la que vimos representada en las platónicas ideas de Newton. La concepción espacial del tiempo considera que existe un lugar en el tiempo que se llama pasado: 12 de octubre de 1492, 13 de febrero de 1980, independiente del presente, independiente del 11 de octubre de 1492, del 13 de febrero de 1980, del 14 de febrero de 1980. La posibilidad de acceder a ese lugar es un problema técnico, epistémico, pero no ontológico, como viajar a Grecia o a una estrella lejana. Onetti y Mead proponen algo totalmente distinto: el 12 de octubre de 1942,

el 13 de febrero de 1980 no existen más que en el presente, en la cantidad de presente que les demos. Pero incluso en el presente sólo existen como el resultado de un proceso de desaparición y permanencia, no son puntos aislados en una recta. Es imposible volver al momento en que pasadas dos horas después de la media noche, el primer europeo que vio América gritó “tierra a la vista”. El único 12 de octubre de 1492 que es, existe en el ahora, esta exigencia lo obliga a estar en relación con el presente, con el futuro que se hace presente, con el pasado que vuelve a ser, distinto pero igual, en el presente.

Onetti, en general, clausura la posibilidad de la reconstrucción del pasado absoluto, unívoco en sus relatos. Todo cuanto es posible es la reconstrucción parcial del tipo que propone Mead. No se trata de que sus argumentos sean complicados, por el contrario, la mayoría de sus historias presentan pocas acciones, sencillas, fáciles de describir. La restricción cae sobre el hecho de que es imposible reconstruir el pasado de manera unívoca. El pasado, como vimos, tiene un peso inmenso sobre el presente en la narrativa de Onetti, por una parte porque pesa sobre los personajes, pero por otra porque está en constante reconstrucción, reescritura, reinterpretación.

En *Para una tumba sin nombre*, Onetti presenta algunas variantes técnicas que apuntan hacia las ideas sobre el tiempo que antes vimos. La estructura es bastante sencilla. La historia está contada en seis partes relatadas por un único narrador. En la primera, Díaz Grey, el legendario doctor de Santa María, narra un extraño entierro al que sólo asiste Jorge Malabia llevando un cabro a cabestro. En las subsecuentes cinco partes se narra la historia de Jorge Malabia en relación al cabro y a la mujer que fue enterrada. Cada nueva presentación de los hechos reescribe, cambia el pasado. En la segunda parte Jorge Malabia le cuenta a Díaz Grey parte de la historia. La mujer que ha sido enterrada se llama Rita y pedía dinero en una estación de trenes en Buenos Aires usando al cabro como gancho. Jorge vivía en una pensión al lado de la estación con Tito Perotti, otro joven nativo de Santa María afincado en Buenos Aires. Díaz Grey nos advierte “Nunca vi verdaderamente la historia completa”. Esta advertencia sugiere

la imposibilidad de reconstrucción absoluta, porque el narrador mismo ha sido vetado para acceder a la historia en su totalidad.

La tercera parte habla del origen del cabro, de las razones de Rita para tenerlo y de su relación con el animal, del amor de Jorge por ella. La cuarta parte se inaugura con un encuentro entre Jorge y Díaz Grey un año después del entierro. Jorge quiere contar la parte que falta de la historia, la que no relató un año antes. Díaz Grey le da a leer unas hojas que resultan ser la historia que el lector leyó en la tercera parte. En este punto, el lector siente un conflicto que lo lleva a confrontar la tercera parte que acaba de asimilar.

Volvamos a Mead por un momento:

Parte de la idea de que el conocimiento y el pensamiento, como parte del proceso de aprendizaje, son reconstructivos, porque la reconstrucción es esencial en la conducta de los seres inteligentes en el universo. Esto es sólo una parte de la aseveración más general de que procesos de cambio están siempre tomando lugar en el universo, y como consecuencia de estos cambios el universo se transforma en un universo distinto.⁶

La lectura, desde luego, puede ser considerada como uno de estos procesos, y el proceso de lectura, indudablemente, tiene un presente en el acto mismo de la lectura. El presente del lector cuando lee la tercera parte, implica que esa es la realidad, que las páginas que está leyendo son la mejor reconstrucción de la historia de Jorge, Rita y el cabro. En este sentido restringido del término, la historia que está leyendo es verdad. Una vez el lector llega a la cuarta parte y se entera de que la tercera parte es producto de la imaginación de Díaz Grey, ese pasado verdadero es afectado por el presente, es modificado, y, desde luego, puede (o no) perder su carácter de verdad. Mientras el lector lee la cuarta parte, ese presente de la lectura modifica el pasado, la tercera parte. Onetti nos advierte, a través de Jorge, que simplemente desestimar lo imaginado por Díaz Grey no es el camino. Después de leer las páginas, Jorge Malabia dice que “todo fue así. Sólo que...”. Jorge no desestima al doctor, por el contrario, lo convalida y apenas se interesa por

corregir detalles, por aclarar puntos, por ampliar momentos. Las palabras de Malabia proponen una superposición, una acumulación entre las dos versiones, en lugar de un reemplazo, de una sustitución. Los dos pasados conviven en el presente y forman uno solo, el único pasado existente, el que habita en el presente, y que al mismo tiempo se diluye, se pierde, desaparece para siempre: “Ya no era el año pasado, sino cualquiera, remoto, inubicable”.

Este proceso sucede todo el tiempo mientras leemos, aunque de manera menos evidente que la ilustrada por Onetti. Si leemos que un personaje dice “te amo” nos hacemos una idea de la situación, pero si seguimos leyendo y la voz del personaje tiene una acotación: “Te amo —dijo con tono irónico—”, entonces nuestra percepción de esa declaración de amor que ya pertenece al pasado de la lectura, cambia. Borges, en “El Aleph”, nos recuerda que el lenguaje es sucesivo e imposibilita la simultaneidad. Cuando leemos *casa roja* es inevitable leer el sustantivo *casa* primero y el adjetivo *roja* después. De manera que la primera imagen mental (pasado) que nos hacemos al leer *casa* es modificada irremediamente por *roja*. Esa primera imagen mental de *casa* se vuelve irrecuperable en el momento en que es modificada por *roja*. En ese mismo sentido, el tiempo es sucesivo y se niega a la simultaneidad. Dos momentos no pueden ser presentes, de la misma manera que dos palabras no pueden ser leídas a un tiempo. La única posibilidad de simultaneidad la da el pasado, porque dos momentos pasados pueden ser simultáneamente en el presente, así como dos palabras consecutivas pueden formar una sola, un solo concepto, una vez fueron leídas, una vez son pasado.

Este no es un procedimiento extraño en Onetti. En *Los adioses*, que es narrada por el almacenero de un bar en el que paran los inquilinos y empleados de un hotel dedicado a la recuperación de enfermos de tuberculosis, el narrador nos dice: “Imaginé al hombre cuando bajaba trotando hacia el hotel”. El relator reconoce que eso que cuenta lo imagina, pero por otra parte es la única información que el lector recibe al respecto, y en ese sentido la única verdad sobre los hechos.

Para una tumba sin nombre está plagado de estas reinterpretaciones bruscas del pasado, como la que ocurre en la cuarta parte. En algún momento, Jorge le confiesa a Díaz Grey que la mujer que enterró no es Rita sino una prima de ella. Esta es una ruptura similar, todo lo leído se redefine a la luz de ese presente en la lectura, del hecho de que la mujer enterrada no sea Rita. Alguien puede argumentar que este elemento puede ser un dato escondido que nada tiene que ver con las convicciones metafísicas de Onetti. Este alegato tendría valor si un poco más adelante Tito, el compañero de cuarto de Jorge en Buenos Aires, no nos confirmara que la mujer enterrada sí es Rita. Sabemos que Jorge Malabia “estaba decidido y resuelto a modificar, a cualquier precio, aquella otra noche de diciembre”, la noche en que le contó

por primera vez la historia de Rita y el chivo a Díaz Grey. Desde luego modificar esa noche es modificar el pasado que lo une con los acontecimientos que relató esa noche, es reescribir ese pasado.

Las estructuras temporales en la obra de Onetti están lejos de tejer una línea narrativa continua, de lugares temporales absolutos. Por el contrario, el pasado se redefine en cada instante del presente, mientras que el presente, a su vez, se precipita interminablemente en una sucesión que impide cualquier tipo de retorno. Esta concepción del tiempo es muy diferente a la visión platónica, como la planteada por Newton. Mead no sólo se opone también al modelo platónico de concepción temporal, sino que dialoga con los textos de Onetti, y resulta ser un marco teórico idóneo para estudiar las estructuras temporales de éstos. ■

Joseph Avski (Colombia)

En 1996 se gradúa del colegio La Salle, Montería. En el año 97 entra a estudiar física en la Universidad de Antioquia. En el 2006 entra a estudiar una maestría en Creative Writing en la Universidad de Texas en El Paso. Durante ese tiempo escribe las novelas *El corazón del escorpión* y *El libro de los infiernos*, y el guión cinematográfico *Tropico de Cartagena* basado en los últimos años de la vida de Raúl Gómez Jattin. En 2009 *El corazón del escorpión* (que en los próximos meses publicará la editorial Alfaguara) fue galardonada con el IX premio de novela de la Cámara de Comercio de Medellín. Actualmente realiza un doctorado en Hispanic Studies en Texas A&M University.

Notas

¹ “Absolute, true and mathematical time, of itself, and from its own nature flows equably without regard to anything external, and by another name is called duration: relative, apparent and common time, is some sensible and external (whether accurate or unequable) measure of duration by the means of motion, which is commonly used instead of true time”.

² “The present as the locus of reality”.

³ “Its becoming and its disappearing”.

⁴ “Our research work is that of discovery, and we can only discover what is there whether we discover it or not. I think however that this last statement is an error, if it is supposed to imply that there is or has been a past which is independent of all presents”.

⁵ “Every now within which something happens is therefore also a succession; so that every temporal fact, every event, so far as we men can observe it, has to be viewed as present to experience in both senses of the term present; since this fact when present may be contrasted with predecessors that are no longer and with successors that are not yet”.

⁶ “I am proceeding upon the assumption that cognition,

and thought as a part of the cognitive process, is reconstructive, because reconstruction is essential to the conduct of an intelligent being in the universe. This is but part of the more general proposition that changes are going on in the universe, and that as a consequence of these changes the universe is becoming a different universe”. Todas las traducciones son del autor.

Bibliografía

Alonso Rodríguez, Pilar. “Un aspecto del tiempo en los cuentos de Juan Carlos Onetti”. En: *Lexis*, XI, 2 (1987), pp. 183-208. Bajtín, Mijail. *Problemas de la poética de Dostoievski*. México DF: Fondo de Cultura Económico, 1993.

Mead, George. “The Present as the Locus of Reality”. En: John Stuhr. *Pragmatism and Classical American Philosophy*. New York: Oxford University Press, 2000, pp. 606-620.

Newton, Isaac. *Isaac Newton's Philosophiæ naturalis principia mathematica*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1972.

Onetti, Juan Carlos. *Cuentos completos*. Madrid: Alfaguara, 1994.

Onetti, Juan Carlos. *La muerte y la niña*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1997.

Onetti, Juan Carlos. “Los adioses”. Onetti, Juan Carlos. *Cinco novelas cortas*. Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamérica, 1997, pp. 33-86.

Onetti, Juan Carlos. “Para una tumba sin nombre”. En: *Cinco novelas cortas*. Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamérica, 1997, pp. 141-198.

Onetti, Juan Carlos. *Requiem por Faulkner*. Montevideo: Ed. Arca, 1975.

Royce, Josiah. “The Temporal and the Eternal”. En: John K. Roth. *The Philosophy of Josiah Royce*. New York: Crowell, 1971, pp. 161-187.

Wilde, Oscar. *The Complete Work of Oscar Wilde*. New York: HarperCollins Publishers, 1989.